





DYLAN THOMAS

"He tomado 18 whiskies seguidos, creo que es un buen record", profirió, antes de entrar en coma y, sin recobrar el conocimiento, morir, cinco días después, el 9 de noviembre de 1953. Si sus primeras entregas habían sido reprochadas por la crítica londinense como un discurso atucinado y ebrio, ahora se sumaría la crítica neoyorquina, para invertir el valor de esos epítetos, al punto de catapultar a Dylan Thomas como uno de los grandes maestros de la poesía inglesa.

ARMANDO PUENTE

El pasado jueves 27 de octubre se cumplieron 60 años del nacimiento de Dylan Thomas (Gwanaw, 19 (4/7) avda York, 1953), unos meses más del doble de los años que alcanzó a vivir. Príncipe de Gales, pero en versión de príncipe de las tinieblas ("La mitad de este mundo es del demonio, la otra mitad es mía", proclama en uno de sus poemas), alcoholico, antisemita, revolucionario, presuntuoso, morría atormentado por el espíritu ebrio, tres décadas de incompreensión, y como consecuencia de una sobreabundancia de whisky, en pleno delirium tremens, confundiendo, tal vez, el tráfago de las masas viajantes de Manhattan (que la creación del cine y de las gólicas bombas que surgían media vida desafiando, a ratos, en su Gwanaw (Gales) natal. **Dieciocho poemas** se había llamado su primer libro, publicado a los 20 años de edad, y él se lo arregló como en un corralito del sentido circular de su conversación para que esa cifra constara en la última frase que él se a pronunció, tachando, al mismo tiempo, del total que le había dado las formas nuevas tan sólo once años antes. "He tomado 18 whiskies seguidos, creo que es un buen record", profirió, antes de entrar en coma y, sin recobrar el conocimiento, morir, cinco días después, el 9 de noviembre de 1953. Si sus primeras entregas habían sido universalmente reprochadas por la crítica londinense como un

discurso atucinado y ebrio, insignificante y falto de cualquier mérito poético, ahora se sumaría la crítica neoyorquina, para invertir el valor de esos epítetos, al punto de catapultar a Dylan Thomas como uno de los grandes maestros de la poesía inglesa. Las mismas páginas literarias de The Times que, hacia 1934, tachaban el discurso de aquel muchacho guiso de los 18 (poemas) de "una peregrinación sin guía hacia el trépano", reconocían ahora el viaje a la potencia del poeta de los 18 (whiskies), celebrando, al día siguiente de su muerte, que "había sido llevado de un modo más brillante la máscara de la anarquía para esconder la verdadera faz de la tradición". Y lo cierto es que no se había producido un mayor logro cualitativo en aquel ánimo inicial, sino que por contra, Thomas profundizaría en su conocida voluntad de fascinar a los contrarios en otra cosa, en última instancia, la eternidad hasta ofrecerles un inquietante paisaje de la contemporaneidad, a la vez apocalíptico y paródico, pagando en su propia devastación, y con el añadido de servir, además no conocida sino vivida, ya encerrada en su propia contemporaneidad. Tampoco se había dado un momento espectacular de su obra, pues apenas un centenar de poemas (junto a sus poemas narrativos, como el célebre poema japonés **Retrato del artista cachorro**, o dramático, como **Bajo el bosque de noche**, marcados sin duda por su condición de poeta) han bastado para situar a Dylan

Thomas como el heredero natural de esa mística y secreta tradición inglesa de poemas encotrados, que, agazapados en su intimidad y en las formas irracionales del moderno, refractan las luces que los llegan de la estética continental, o las filigras de un modo transversal, por donde menos se los espera, esa extrínseca vocación ventriloqua y profética que atribuiría a William Blake en pleno siglo de la Ilustración (y cuyo testigo habría traspasar, necesariamente, a Shelley y a Yeats, aunque precisamente contemporáneos, en ese sentido, por su similitud con el Romanticismo y el Simbolismo), se recordaría con fuerza, de un modo mucho más transformado y violento, más a contratiempo, en el Dylan Thomas del siglo de la modernidad, cuyos poemas, desdoblamiento y desdoblamiento no paró de valdramar, con firma apocalíptica y curaciones oclutas, a través de la tremenda organización de sus poemas (en la doble recepción: biológica y mística).

El año anterior a su muerte, en 1952, apareció en Londres sus **Collectid poems**, su poesía completa, que le hizo merecedor de uno de los máximos galardones literarios, el William Foyle, y significó su consagración tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, donde Thomas era invitado a un rosario de lecturas poéticas y conferencias.

Significaba, en suma, levantar la espina de una vida a pesar de largamente reconocida: la parte ilustrativa de aquel ser "patético y dulce" como lo define su propia obra, Caitlin Thomas, en su libro de memorias de la convivencia con el poeta (**A Waving Almond**, Londres, 1958) que, muy poco, recién publicado su **Dieciocho poemas**, había anunciado en su vida.



Un whisky para Dylan [artículo] Antonio Puente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Puente, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un whisky para Dylan [artículo] Antonio Puente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile